

## DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS STAJANO CONMEMORANDO LOS TREINTA AÑOS DE FUNDACION DE LA SOCIEDAD DE CIRUGIA DEL URUGUAY

Señoras, señores:

La emoción honda y profunda del día de ayer, al comprobar la respuesta unánime de los componentes de la gran familia quirúrgica del país, al llamado de sus mayores de la Capital, me hizo revivir todo un pasado de épocas ya idas, y que menester es, dar a conocer a las generaciones jóvenes, que no saben de nuestra historia sino fragmentariamente algo del pasado.

Ayer y hoy, sólo treinta años nos separan de aquel mundo, pequeño, circunscrito, pasional y casi diríamos primitivo por sus estrecheces a pesar de sus grandezas, en oposición al mundo de hoy de horizontes dilatados, de auroras promisorias, generador de hombres desinteresados que viven un clima de otro colorido y en los cuales germina a la par que su suficiencia técnica la superación moral cultivada al través de ideales de perfección y de pureza.

Los cirujanos en el transcurso de los treinta años de existencia de la Sociedad de Cirugía, han amasado su espíritu, moldeado sus gestos, atemperadas sus pasiones y se han jerarquizado espiritualmente en tal forma, que hoy no concebimos en los hombres de nuestra generación científica, ni el gesto del mediocre ni la insidia del desleal, y por el sólo hecho de ser un cirujano nos lo muestra como dotado de una gran dosis de alma, revelándolo en su acción tanto más cortés, cuanto más valiente.

El gran cirujano, el técnico que con su intervención salva la vida de sus semejantes, no puede ser solamente un hombre sapiente: es menester convencerse y a la larga todos tendrán que aceptarlo, que para ser cirujano se debe ser *ante todo hombre*. No es hoy el momento de desmenuzar este tema apasionante, constructivo y educador, y lo prometemos hacer en otra ocasión más propicia.

Hoy nos congregamos aquí, en el Hospital Italiano para conmemorar los treinta años de la fundación de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, realizada entonces en una sesión solemne y en

este mismo salón, bajo los auspicios y con la presencia en efígie de los Reyes de Italia, que han dado y dan prestigio a este recinto.

Es evidente que nuestra sociedad no nació por generación espontánea, su advenimiento fué inducido y su fecundación provocada. Para comprender el porqué y la razón de tal acontecimiento, es menester conocer la época y las características del vivir de entonces, comprobando que existe un abismo entre aquella y el momento actual, por eso es instructivo revivir los días de 1918 hasta 1920, para extasiarnos mirando hacia atrás y comprobar las perfecciones conquistadas durante este recorrido.

Maestros prestigiosos, escuelas meritorias y esfuerzos inauditos derrochados en la era constructiva de la cirugía nacional, no escaparon al tributo de la época y a las inclemencias de un ambiente nuevo, en plena gestación de valores, que habían de dar sus frutos a las generaciones sucesivas. Los grandes hombres de nuestra tradición, cumplieron gloriosamente sus etapas y tocó a ellos culminar con su concurso, la consagración de su trayectoria feliz, apoyando con su presencia y con su afán, la iniciativa de la convivencia entre los cirujanos del país, que hasta entonces estuvieron en el aislamiento más completo. No pudo escapar la actividad quirúrgica de ese tiempo a la influencia del medio y de la época. El individualismo reinante en todas las actividades de principios de siglo, se reflejó en la vida social, económica y política. Por esta característica imperante, los hombres, las corporaciones, y los estados por ellos dirigidos, reflejaban la omnimoda voluntad individual, y a pesar de vivirse en el año 1920 se dejaban sentir aún los resabios medioevales. Las características del mundo hospitalario y la vida científica del medio, evocaban en cierto modo el período feudal.

El brillo indiscutible de nuestras escuelas, y la consagrada jerarquía de nuestros grandes maestros, germinó en ese clima, no pudiendo sustraerse a pesar de su grandeza, a la influencia del ambiente.

La tendencia individualista que hemos apuntado, caracterizó toda actividad; el prestigio personal dió poderío señorial a las grandes cabezas de la comarca, que al conquistar merecida autoridad, necesitaron escudarse por la inclemencia del ambiente, tras sólidas murallas; cada uno en su castillo feudal se mantuvo ais-

lado; cada fortaleza se irguió impenetrable, al punto de aislar a sus vasallos de los de las otras comarcas, y tan era así que dentro del Hospital Maciel existieron poderosos bastiones cuyos vestigios materiales aún persisten en las paredes ya históricas de las salas Maciel, Jacinto Vera, San Luis, Mateo Vidal, Cabrera, Santa Rosa y Padre Ramón, para referirme tan sólo a los ambientes quirúrgicos, puesto que también existieron poderosos e impermeables feudos en los grandes centros de clínica médica del mismo hospital.

*Era ello, pues, un problema de época y no una resultante de hombres.*

Es evidente que ese hermetismo poco cordial, cultivaba y mantenía un espíritu de alerta permanente; la falta de contacto entre los hombres era propicia al pensamiento suspicaz o a la interpretación errónea de actitudes, determinando la prevención incesante y con ello, la falta de naturalidad. La hostilidad en potencia y frecuentemente la guerra sin cuartel, eran la consecuencia lógica de la expectativa armada de los señores de la guerra en tiempo de paz. Nunca para nosotros una experiencia fué más concluyente e instructiva, como fué la de comprobar la influencia de una impresión grabada en las épocas tempranas de la vida y por lo tanto generadora de huellas indelebles para el futuro de la existencia de los hombres.

Las generaciones que se formaron y crecieron dentro de murallas, cuando se hicieron hombres, no pudieron despegarse íntegramente de aquella impregnación, que fué incorporada a su protoplasma en pleno desarrollo, y es por tal razón, que aun persisten resabios y huellas temperamentales, que se hacen presentes en determinados gestos y actitudes de ciertos personajes, que recuerdan aún sin quererlo, esa época de nuestra historia feudal, con sus restricciones y matices individualistas, características que hoy consideramos como antifisiológicas en nuestro mundo de convivencia social.

En aquellos tiempos, con tal clima de fronteras cerradas y aduanas impermeables y por lo tanto, con la consiguiente hipertrofia del concepto de soberanía, no podía admitirse el libre intercambio de la mercadería intelectual o científica entre los feudos, y el separatismo hermético como consecuencia, era el fruto natu-

ral de una política de vida emanada de los hechos de aquel diario trajín, güelfos y gibelinos aumentaron el círculo de sus influencias, sobre los vasallos respectivos frente a las fortalezas rivales. He aquí el telón de fondo de una época, los motivos de sus características, así como la razón de ser de una reacción que necesitó la chispa y la ocasión propicia para cambiar el colorido y modificar la decoración, demostrando con ello, que no eran los hombres los responsables, sino que era una época que los oprimía, siendo sólo necesario el rebelarse para romper los diques de contención. He aquí el germen de nuestra vigorosa y potente Sociedad de Cirugía actual, que se concibió soñando en un ideal, y nació como un retoño en plena primavera, en una mañana de sol de setiembre, dotada congénitamente de un potencial gigantesco de energía y de un gran afán de superación. Su buena estrella la predestinó para marcar rumbos y para imprimir normas en la vida espiritual de las generaciones sucesivas, las que hoy se inclinan reverentes ante su señorío moral, puesto de manifiesto en sus ininterrumpidas sesiones semanales, como en su fecunda actividad de perfeccionamiento técnico creciente, convirtiéndola en una escuela de mutua y respetuosa consideración, así como en modelo de confraternidad constructiva, hasta en el terreno de la exposición de ideas, conceptos u orientaciones antagónicas.

El porqué del nacimiento de la Sociedad de Cirugía, estaba completamente justificado por lo anteriormente expuesto, interesará saber cómo se logró la concepción y la realización del sueño.

Partimos de la base de que la guerra no es propicia para la obra constructiva, y que sólo la paz, fecunda las ideas nobles y los afanes de superación. En segundo término no es suficiente el aceptar que tal o cual camino, o tal o cual desiderátum es el mejor, es menester querer realizarlo, pero para ello es necesario sentir con pasión el obsesionante deseo de su cristalización. Finalmente, el que tenga la dicha de sublimar ese deseo tiene que decidirse a vencer trincheras de rutina, de tradición, de prejuicios, de indiferencias y, sobre todo, de incomprensión. El que detenga su máquina porque un grano de arena se interponga en su engranaje y no tenga fuerza para continuar, que no inicie infructuosamente la marcha. Ese es el pequeño secreto del camino

de las realizaciones difíciles, y el que lo emprenda, que no piense en el dolor, ni en las asperezas de lo imprevisto.

Aquí tenemos un extracto de lo que ha quedado estampado en el primer libro de actas de la Sociedad de Cirugía, que yo conservo en mi poder como una reliquia.

Dice así en la página uno:

a) Se inicia individualmente una intensa campaña anti-feudal en los primeros días del año 1919, dentro de los mismos feudos existentes, destacando mediante propaganda escrita y en carteles que se fijan en todas las paredes, la necesidad del intercambio científico y del acercamiento entre sus hombres, así como la oportunidad de enfrentarse para amansarse y hasta pelear, pero frente a frente en un ambiente que genere al fin, el mayor conocimiento y dé la seguridad de los propósitos de buena voluntad entre los que cultiven las mismas disciplinas.

La verdad histórica es que nadie creyó en la influencia de este empeño, ya que el año anterior (1918) había muerto por inanición la tentativa de la Sociedad de Medicina al crear la seccional de Cirugía que logró tan sólo reunirse dos veces en la Sala Maciel. Todo el ambiente era adverso o de duda, constituían legión los que anunciaban el fracaso; hubo que resistir al grupo irónico que despectivamente se burlaba de la ingenuidad angelical del promotor y no se mezquinó tampoco por parte de los cuerdos la acusación de locura ante semejante iniciativa.

Fuimos sordos ante la masa de indiferentes y descreídos, que constituyó como siempre, este infaltable alud de hombres que son y seguirán siendo los desinteresados integrales por todo lo que no redunde en su exclusivo provecho personal.

Sin el aliento de nadie —¡esa es la verdad!— proseguimos sin cesar, acompañándonos solamente la fe que iluminaba el camino hasta el momento decisivo de la ansiada Navidad.

La técnica de la realización consistió en analizar psicológicamente al medio actuante, y coordinar el plan de acción para conquistar la plaza considerada intomable de antemano ¡y se tomó!

a) Citando a todos los profesores y cirujanos a un lugar neutral, eligiendo para ello este rincón italiano, tranquilo y apacible, previo el bombardeo de ablandamiento con arengas y car-

teles anunciadores del buen propósito. Con estas normas y esta conducta el milagro se cumplió ante el asombro de todos los que jamás creyeron que se realizase.

El decidido e invaluable apoyo de todos nuestros grandes maestros a nuestro llamado, fué unánime, de tal manera que no faltó uno solo a esa cita memorable, resolviendo por unanimidad y con toda solemnidad, aceptar esa turbina que se ofrecía generosa, para transformar en energía útil, todo el material desperdiciado en los servicios clínicos hasta entonces, por falta de oportunidad.

Desde entonces a hoy y desde este día, podemos afirmar que la Sociedad de Cirugía no dejó de sesionar, primero mensualmente, luego cada quince días y por último semanalmente, siendo a mi juicio gigantesca la trascendencia de su acción y su influencia hasta el día de hoy.

¿Qué ha hecho en treinta años la Sociedad de Cirugía?

Si nosotros pensáramos tan sólo en la labor exclusivamente científica y técnica, cuya documentación escrita consta en los Anales de la Facultad y en sus 20 tomos de Boletines propios, tendríamos que dar razón a los que juzgan con respeto, la labor de nuestros cirujanos, pero en verdad, hay algo mucho más grande, más trascendental, que emana de nuestra Sociedad y es su fuerza espiritual, con las derivaciones para el bien, que lenta y progresivamente no ha hecho más que germinar en el alma de todos sus componentes.

Dije hace un momento que la Sociedad de Cirugía nació con la buena estrella y por eso su trayectoria luminosa se hace cada vez más brillante en el correr del tiempo, hasta el punto que hoy, y sin discusión, todos acuerdan en aceptarla como la más vigorosa, la más seria y la más ejemplar de las Sociedades Médicas del país, ya que a la vez que caja de resonancia técnica de nuestro cirujano, es una verdadera escuela moral de hombres, donde el detalle mezquino y la arbitrariedad se han desterrado terminantemente, dando paso y batiendo palmas a los gestos superiores de la dignidad, del respeto mutuo y de la emulación, que se se refleja en cada uno de sus miembros hacia el ambiente en que actúa.

Quiero terminar augurando con la misma fe de hace treinta

años, la trascendencia de la ceremonia que hoy realizamos en el Hospital Italiano. Hoy festejamos los treinta años de la Sociedad —y en el mismo acto celebramos el acontecimiento del 1er. Congreso Nacional de Cirugía. Creo en la buena estrella de este Salón, sede de dos germinaciones fecundas. Que nuestros sucesores no olviden, al festejar sus triunfos, que en este mismo recinto se celebraron dos grandes memorables acontecimientos que jalonan toda una historia triunfal.

---